

VENTISQUERO PERITO MORENO  
(Dos visitas: diciembre 1970 - Marzo 2002)  
Segunda parte

por  
Criticón (L.M.E.)

---

Córdoba, 26 de febrero de 2008

**A: jmchico@paraiso.net**  
**De: luismoisset@arnet.com.ar**  
**Asunto: Cartas pendientes**

Querido José María:

Cumplo con mi promesa y te mando ahora la segunda parte del relato de mis visitas al Ventisquero Moreno, que está contenida en otro mail que dirigí a Néstor Musto.

Recibe un fuerte abrazo

**Criticón (L.M.E.)**

---

Córdoba, 18 de marzo de 2002

Néstor:

En esta oportunidad nuestro viaje se extendió a Ushuaia. Salimos de Córdoba el 6 de marzo y allí estuvimos hasta el 9. Es posible que en otra carta haga referencia a lo que allí hicimos, pero ahora me limitaré a relatarte nuestra visita a Calafate y el

ventisquero entre los días 9 al 12.

Salimos de Ushuaia en un vuelo de S.W. El aeropuerto de esa ciudad ha reemplazado la vieja pista que yo conocí en 1984, que era cortísima y obligaba a los pilotos a realizar unos aterrizajes impresionantes, pues debían frenar el avión de forma tan brusca que uno se sentía impulsado hacia adelante, y se escuchaba como, dentro de los maleteros, se corría todo el equipaje de mano.

Dicen que el nuevo aeropuerto es el primero de los "privados", y la tasa de embarque, que es de \$ 13.- no la incluyen en los boletos, sino que debe abonarse allí mismo. Las instalaciones son modernas y cómodas.

El inconveniente que padecimos -por mi culpa-, pero logramos salvar sin mucha dificultad era que por un error ¡dejé sobre el televisor la carterita de cuero con la cédula de identidad y las tarjetas de débito y crédito...!

Como Ushuaia es zona especial de frontera el control suele ser más riguroso, y yo no llevaba ningún otro documento, ni siquiera el carnet de conductor, pero el jefe de policía de base fue muy comprensivo. En definitiva bastó con que le suministrásemos los números de los documentos de Azucena y mío (Marcela tenía consigo su D.N.I., donde figuran también mi nombre y firma, como denunciante del nacimiento, de manera que en alguna forma quedamos a "cargo de ella", como única persona responsable).

Te acotaré que en Ushuaia la atención recibida por el personal de la empresa turística cuyos servicios habíamos contratado fue excelente, pero no sucedió lo mismo en Calafate. Al llegar nos esperaba el encargado, con un cartelito, pero... con la excusa de que el vuelo tenía media hora de atraso, nos dijo que debíamos esperar más, porque había tenido que enviar el transporte a buscar otros pasajeros.

Cuando al fin llegó se acercó muy "solícito" a "ayudarme", y tomó la maleta que llevaba rueditas, dejándome la que yo tenía que cargar...

Por consejo de mi hijo Gabriel habíamos contratado un Hotel de tres estrellas y... al que nos llevaron era de "dos estrellas", y no muy bien atendido. Señalaré tres o cuatro puntos:

1) El teléfono -que empleamos mucho para comunicarnos de habitación a habitación- no funcionaba.

2) Los depósitos de agua correspondientes a los inodoros, tanto en la pieza de Marcela como en la nuestra, perdían... y hubo que pedir que los reparasen.

3) El lavabo no contaba con agua caliente, ya que la canilla correspondiente estaba "condenada".

4) De noche la calefacción no era buena...

5) En el corredor de ingreso a las habitaciones, la pintura estaba levantada en la parte correspondiente a tres baños, que -por lo visto- habían tenido pérdidas de agua...

El Hotel se llamaba "Kapenke" y te doy su nombre, por las dudas, para que no vayas a contratar sus servicios.

Pero vamos a lo importante. Se sale del aeropuerto, y por la ruta que viene desde Río Gallegos, antes de ripio y ahora hermosamente pavimentada, se llega al municipio de Calafate, que en la actualidad tiene una población permanente de 5 ó 6 mil habitantes, a lo que debe sumarse, en la temporada de turismo, una gran masa de visitantes, extranjeros y argentinos.

Toda la actividad del pueblo gira alrededor del turismo. Hay gran cantidad de hoteles, hosterías, pensiones... Por todos lados florecen los restaurantes, bares, negocios de regionales, con artículos de cerámica (de todas partes del país y también algunas peruanas), de cuero, dulces (entre los más típicos los de calafate, ruibarbo, mosqueta y dulce de leche...). Hay varias librerías, con obras variadas sobre la región y sobre el sud del país, su fauna, su flora, sus espectáculos turísticos...

Los precios, como sucede con frecuencia en lugares turísticos, están muy altos, y casi todos los negociantes procuran "cosechar" mucho, en poco tiempo... Incluso en estos momentos, en que el dólar ha cambiado tan bruscamente su cotización, y en Buenos Aires se encontraba para el tipo "vendedor" entre \$ 2.- y 2.20, ellos se lo cotizaban a los turistas extranjeros que traían esta moneda a solamente \$ 1.80.-

Los rollos de fotos..., las pequeñas chucherías de recuerdo... e incluso el uso de los servicios de Internet, todo se

cotiza caro.

Los cambios que ha sufrido el pueblo son impresionantes. Ahora hay dos o tres bancos, escuelas, un hermoso Hospital... También encuentras numerosas agencias de turismo, que ofrecen las distintas excursiones: visitas al ventisquero, con o sin caminata sobre los hielos; recorridos en barco por el lago norte, para conocer los otros glaciares (Uppsala, Stegazzini, etc.), visitas a "estancias", para mostrarte los galpones en que suele realizarse la esquila de ovejas..., y posibles almuerzos o cenas con el "cordero patagónico" como plato central...

La calle principal y también alguna de las paralelas y transversales, lucen hermosas arboledas... El pueblo se sigue extendiendo y hay numerosas obras en construcción... ¿Cómo lo encontraremos dentro de una década, si efectuamos otra visita?

La excursión en barco por los glaciares, que no estaba incluida en el paquete y nos habían dicho que costaba \$ 120.- por persona, se cotizaba -desde un par de días atrás, en 100 dólares en la cubierta inferior y 120 dólares en la superior, aunque, como una "concesión graciosa", para los turistas argentinos, que debían pagar en pesos, les cotizaban el dólar a 1,40, de manera que costaba entre \$ 140.- y \$ 168.- y no incluía la comida de mediodía, lo que obligaba a llevar una vianda, o comer en algún lugar para turistas, seleccionado por la empresa, con consumición mínima de \$ 15.- a la que debían sumarse las bebidas.

Optamos entonces, para ese primer día, por una visita al lago Roca, que está un poco al sur del Rico, con el cual se encuentra conectado (como lo pude apreciar después en un mapa).

Fue un acierto doble por el guía que nos tocó, la compañía de viajeros que integraban el grupo, y la buena comida que degustamos en una vieja estancia, que se encuentra ubicada dentro del Parque Nacional, pues allí el antecesor de los actuales dueños se había radicado a fines del siglo XIX o comienzos del XX, con una concesión de tierras del gobierno nacional, por lo que no pudieron desalojarlos.

Muy cerca de la estancia se encuentra el lago Roca, y en sus orillas quedan los tocones de los árboles que se secaron por el

nivel que alcanzó el agua el año 1970. Aunque la norma general en los Parques Nacionales es que las personas autorizadas a visitarlos no pueden utilizar los árboles secos, ya que se procura dejar que se cumplan los ciclos naturales de vida de las especies, nos decía el guía que -por excepción- en esa zona se ha permitido a quienes acampaban que utilizaran los viejos troncos como leña.

Creo que el casco de esa estancia es una de las casas de pobladores amenazadas por el avance de las aguas a que se hacía alusión en los diarios antes de la ruptura de 1970. Ahora los dueños han dejado la explotación ovina, pero conservan la de vacunos, y también crían caballos, en especial para que puedan montar los turistas que visitan la estancia. Me parece que su rubro principal, hoy, es el negocio del restaurante, y el alquiler de los caballos.

En esta excursión nos tocó la compañía de un matrimonio alemán, de algo más de sesenta años, sumamente amable, que había recorrido el mundo. En este caso venían desde el Norte de Chile, y Marcela pudo practicar largamente su idioma, lo que a ellos les resultó muy grato. Él era ingeniero; tenían tres hijos y también un nieto, lo que -como tu sabes- provoca mi sana envidia.

Por la mañana visitamos un galpón donde todavía se esquilan ovejas, que tenía cantidad de fardos de lana y el guía hizo gala de sus habilidades histriónicas, mimetizando el trabajo de un esquilador, la forma en que va tomando las ovejas y estirando la piel de las distintas partes de su cuerpo para "rasurarlas" con la mayor rapidez posible.

Al día siguiente efectuamos la visita al ventisquero. El vehículo que nos buscó era de gran porte, y fue recorriendo una serie de hoteles y pensiones para cargar los integrantes del grupo. Los primeros quince o veinte kilómetros eran de pavimento, y el resto de ripio, pero en buen estado de conservación.

La guía era una simpática joven, que estaba algo afónica, lo que le exigía gran esfuerzo. Algo limitada en el manejo de lenguas extranjeras, pero enamorada de la flora y fauna patagónica, desgranaba datos ilustrativos y ya en el viaje pudo señalar como sobrevolaban a gran altura algunas parejas de cóndores.

Creo que el camino que lleva al ventisquero es el mismo que

recorrimos nosotros, con la única diferencia que para ingresar al Parque Nacional hay que pagar entrada. Para los jubilados es algo más barata, pero -desgraciadamente- por ignorar este hecho no había llevado conmigo el carnet correspondiente.

Nos acercamos, pues, bordeando el lago Roca, pero en lugar de contemplar el bosque de árboles secos, se veía sobre la otra margen una larga línea recta, que delimitaba el bosque, y la guía explicaba:

-No crean ustedes que esa línea es obra de un arquitecto que la ha trazado con una regla. No, es el límite que alcanzaron las aguas en la mayor creciente, cubriendo el bosque y secándolo.

El único error que cometía era mencionar el año 1988, que correspondió a la última ruptura, como fecha del anegamiento, cuando los datos registrados indican que esa suba excepcional se produjo en 1970, es decir poco antes de nuestra primer visita.

El vehículo que nos transportaba se detuvo cerca de la pared sud del ventisquero, junto a un muelle en el que estaban amarradas algunas embarcaciones en las que se podía realizar una visita por agua que permitiera apreciar desde el lago esa parte del muro de hielo. Y otras llevaban a la margen opuesta a quienes desearan hacer una caminata sobre los hielos, para lo cual se provee de calzados especiales.

Subimos pues a la lancha, y nos aproximamos a muy poca distancia, tomando fotografías y gozando con la magnificencia del paisaje. En la actualidad esas excursiones son las que permiten llegar más cerca del hielo, pues los bloques que allí se desprenden son los de menores dimensiones. Azucena y Marcela, al igual que la mayoría de los pasajeros, salían de la cabina y circulaban por las pasarelas laterales, para gozar del espectáculo, soportando los rigores del viento frío para tomar infinidad de fotografías. Y desde el barquichuelo se divisaban los grupos que se encontraban caminando sobre el hielo. Para mí era también un espectáculo nuevo, pues no habíamos vivido la experiencia de navegar cerca del ventisquero. Esta diversión duró aproximadamente una hora, y cuando descendimos el bus nos recogió para llevarnos hasta un restorán que ofrecía el almuerzo a quienes no hubiesen llevado bocadillos.

El establecimiento tenía una comida para turistas por \$ 8.-; las bebidas se cobraban aparte. En la mesa en que estábamos se acomodaron también tres turistas "franceses", y al lado los restantes integrantes de ese grupo que eran una mamá y su bebé, Esteban, criatura que a la tranquilidad agregaba una sonrisa que iluminaba su cara de manera permanente. Cuando llegó el momento de pagar los "franceses" sólo tenían dólares, por los que querían darles un peso con ochenta centavos, lo mismo que en Calafate. Nosotros les facilitamos las cosas cambiándoles 20 dólares, a dos pesos, con lo que alcanzó a los "franceses" para su comida. En realidad se trataba de un rosarino, casado con una francesa, acompañados por el bebé y los dos hermanos de la señora, varón y mujer; el rosarino era... cantor de tangos, y recorría Europa con un cuarteto ganándose la vida en esa actividad.

Después de almorzar retornamos a la parte alta del cerro que se encuentra frente al ventisquero, desde donde descienden las pasarelas que se han construido para que los turistas puedan admirar todo el panorama, sin correr peligro por el desprendimiento de los témpanos. Al pie de ese cerro se deslizaba, sobre el viejo piso de roca que nosotros vimos desnudo, el canal por el cual baja el agua del lago Rico hacia el Argentino.

Recorrimos las pasarelas, extasiándonos con el paisaje, contemplando el derrumbe de témpanos y sintiendo el permanente crujir del ventisquero, con estallidos que indican la caída o ruptura de fragmentos, tanto en el sector interno, como en el externo.

Las pasarelas se encuentran en la pared que da al canal, y desde allí vimos como se había tumbado hacia adentro una gran aguja, y luego como se producían derrumbes internos que iban formando una especie de gruta, con la forma de un ojo inclinado hacia abajo. Mientras tanto, muy alto, volaba plácidamente una pareja de cóndores, con ese majestuoso planeo que realizan casi sin agitar las alas.

El maravilloso espectáculo del ventisquero, donde el blanco se alterna con el celeste cristalino de agujas atravesadas por el sol, atrapaba nuestra atención. Y el conjunto de ese río de hielo, de 4 kilómetros de ancho y casi cien metros de espesor, que desciende de la montaña a lo largo de 32 Kilómetros, es algo que al mismo tiempo

regocija y agobia a quienes lo contemplan.

Esperamos un rato, para ver si la aguja tumbada y corroída se derrumbaba totalmente. Tenía que caer..., ¡pero no lo hacía! Cuando Azucena y yo emprendíamos el regreso, se produjo el derrumbe, con gran estruendo. Nosotros no alcanzamos a verlo, pero sí Marcela, que se había quedado algo más atrás...

Era ya hora retornar a Calafate. Azucena y Marcela estaban mudas de emoción; más tarde, cuando me preguntaron si me había "impresionado", les contesté que "no", porque yo había quedado impresionado ya la primera vez, cuando lo visité contigo, impresión que no se ha borrado desde entonces y que me impulsa a aconsejar a cuantos visitan la Argentina que deben hacer un esfuerzo por llegar y contemplar esa maravilla de la naturaleza.

Quedamos, pues, con el deseo de retornar, para completar las excursiones. Marcela, que tiene la intención de caminar sobre el hielo; los tres, que pensamos recorrer el lago visitando los otros glaciares. Dios quiera que podamos hacerlo y que tú también retournes, acompañado por tu esposa, para gozar juntos de la belleza con que Dios nos regala.

Recibe un fuerte y cordial abrazo.

Luis Moisset

P.D.: Al día siguiente, antes de emprender el regreso a Córdoba, visitamos la cueva del Walichu, a siete kilómetros de Calafate, sobre las orillas del lago Argentino. Hay algunas pinturas rupestres originales, algo desvaídas y dañadas por el peor predador que padece el planeta: el hombre, en especial cuando actúa como turista. Hay también en las paredes de la primera parte del recorrido, la reproducción de pinturas que se encuentran en otros lugares de la provincia de Santa Cruz.

En el aeropuerto de Calafate, que también es privado, nos cobraron \$ 18 por persona de tasa de aeropuerto. Muy "elegante", pero sus asientos metálicos incómodos; mal calefaccionado, y peor dotado con un "barcito" de morondanga. Tuvimos que soportar una larga espera, por retraso del vuelo, con total falta de información de las causas, lo que acrecentó el malhumor de muchos de los viajeros, que en un momento comenzaron a batir palmas, ya que no tenían cacerolas.

¿Por qué será que en nuestro país tampoco la actividad privada se caracteriza por su "excelencia"?

Vale